

Incertidumbre, olvido e historia

Luis Antonio Restrepo Arango
In memoriam

Jorge Márquez Valderrama

Si en este momento pudiéramos caracterizar, al mismo tiempo y con una sola palabra, la colombianidad y el momento que vivimos, yo escogería la palabra incertidumbre.

Incertidumbre sobre todo con respecto al porvenir y en esto, aunque hoy día se expresen públicamente con menos frecuencia que antes, los economistas nos llevan gran ventaja a los historiadores.

Ellos saben más que nadie en qué época incierta hemos entrado y cuáles son sus posibles proyecciones.

Si en algo la historia se distancia de las ciencias en general es en este aspecto de la predicción: las otras ciencias proyectan en lo probable para tratar de atrapar algo de lo que no se puede conocer.

La historia sabe que sus únicas proyecciones posibles son desde el presente hacia el pasado, pues cuando ha intentado proyectar el pasado hacia el presente también ha fracasado.

La nebulosa actual de la incertidumbre no está sólo en mi cabeza, sino en la de todos los colombianos y colombianas hoy. Esta incertidumbre parece volverse característica, pero sería ingenuo creer que ella nos diferencia del resto del mundo. Caracteriza también nuestra época.

Consiste en no saber si tiene algún sentido planear el futuro, pues todo alrededor podría derrumbarse súbitamente.

Esta primera reflexión sobre lo incierto tiene que ver con Toño,

pues aunque nunca creyó en misiones teleológicas, dedicó gran parte de su vida a un oficio que por definición cree en los proyectos con futuro: la educación.

Esta reflexión muy personal está atravesada sobre todo por esta faceta de su vida, pues fui más que todo alumno en sus cursos de reflexión sobre la historia, la literatura y el oficio de historiador.

Pienso en Toño, en decir algo pensando en Toño, y lo que me llega son estos pensamientos sobre la incertidumbre que está dejando de ser coyuntural para volverse estructural, porque este hombre extraordinario vivió a gran velocidad o mejor, vivió a la velocidad de nuestra época.

Y lo singular de su arte de vida es que fue veloz manteniendo a la vez una visión excepcional que le permitía ver lo que pasó en períodos de tiempo inmensos, lo que pasaba aquí y ahora en el mundo, y lo que nos pasaba.

Al querer expresar el legado de este generoso amigo, pienso que el mayor fue el de hacer que nos interesáramos de una manera enteramente nueva por la historia, como campo de estudios y reflexión sobre el presente.

Toño le dio a esta materia y profesión un estatuto que no había te-

nido en nuestra ciudad. Él convirtió problemas complejos de los combates por la nueva historia en parte de nuestra lengua común.

Sabemos ya, comúnmente, gracias a sus enseñanzas, lo que la historia no es, aunque comprendimos, gracias a él también, que la historia es sólo lo que construimos nosotros mismos con nuestras acciones diarias.

Y ahí hablo de ambas historias, de la historia como devenir y de la historia como materia de estudio y campo de investigación.

Las dos hallan en la reflexión del maestro Luis Antonio Restrepo un singular lugar de confrontación y diálogo, pues en sus lecciones orales los ejemplos y las reflexiones podían venir de acontecimientos de la época de Tucídides como de los que nos torpedeaban en la aldea Tierra o en la aldea Medellín en el momento mismo de la clase.

¿Qué era lo que tanto nos fascinaba de la palabra de este maestro?

Muchas cosas. Pero menciono ahora esa magia suya de saber convertir siempre lo histórico en actualidad, en herramienta para pensarnos.

Pienso que asistíamos sin falta a esas lecciones por la necesidad

enorme de que nos moviera el piso, de que nos sacara de realidades prefabricadas y de que, por contraste con otras épocas y lugares del planeta, nos mostrara nuestra ínfima condición y a la vez nuestra pertenencia a la universalidad.

Aquí, en Medellín, tuvimos por unos cortos años ese privilegio de escuchar a Toño. Ahora que contemplo retrospectivamente la fugacidad de nuestro encuentro (Teoría de la Historia I y II, Historiografía I y II, seminario “la literatura y la historia”) me doy cuenta de que fueron segundos, si comparo la magnitud de ese tiempo de enseñanzas con la magnitud de lo que allí se jugaba en términos del conocimiento y de la conmoción refrescante que operaba en nosotros.

Esa fugacidad del encuentro y el maestro mismo evocan necesariamente un tema que él nunca evitó: el de la muerte. Pero mejor hablemos de muertes. No puedo decir que la más odiosa de entre ellas, la que nos arranca súbitamente a los que amamos, es la que lo empujaba a trabajar sin descanso, a organizar prioridades y a apersonarse de tantos proyectos, porque sé que él era empujado a actuar también por un gran amor por todos sus alumnos.

Es posible que esa muerte propia y personal lo acosara a veces,

pero también él fue testigo *sui generis* de otras muertes, las de las civilizaciones, los imperios, las culturas.

Él sabía mejor que nadie aquí que el universo cristiano occidental (¿será que podemos hablar del “imperio cultural europeo” que reinó hasta 1900?) se edificó sobre las ruinas del gran imperio romano.

Él vio y nos hizo testigos despiertos de la caída de los regímenes socialistas del Este. Él entrevió que la caída de la potencia imperial que domina hoy el planeta es muy posible, pues la detonación de sus símbolos no es sólo simbólica.

Él nos mostró también lúcida-mente en sus clases la posibilidad inminente de la muerte total inventada y ensayada por los Estados Unidos en 1945, en dos ciudades niponas, esa muerte cuyo efecto es la desaparición de la especie humana.

Él vio todas esas muertes y nos mostró que lo efímero de la vida personal y cultural, marca nuestro oficio de historiadores.

Pero trabajó incansablemente contra otra muerte que podemos asimilar al cáncer biológico como es el cáncer cultural o el olvido.

No nos echó carreta sobre algún deber moral de memoria (no le

gustaba dar lecciones moralizadoras). Él sabía que la única manera de enfrentarnos a ese gigante entrópico del olvido es trabajar en formas de resistencia que construyan memoria.

No se cansó de denunciar los peligros de un rasgo que se ha vuelto otra característica estructural de la colombianidad: la facilidad con la que olvidamos colectivamente lo más terrible y lo más sublime de nosotros mismos (*cesó la horrible noche* o el *borrón y cuenta nueva* de los políticos y guerreros).

Toño supo y asumió que para luchar contra ese olvido canceroso (uniformizador de cerebros) había que entrar de lleno en la duración, es decir en la educación, actuando como si confiáramos en el porvenir, pero sin dejar la risa socarrona del sabio que contempla la necesidad del

mundo, convirtiendo esa misma risa en arma contra la estupidez.

(Un día nos dijo en clase, con esa risa tan burletera, “las telenovelas no son reflejo de nuestra realidad, sino al contrario”).

Cuántas veces me hallo solo en casa, pensando algo o leyendo y tengo el reflejo de marcar su número, seguramente para decirle alguna pendejada, tardo unos segundos en caer en la cuenta de esta ausencia irremediable y busco consuelos:

Uno, enorme, es que él haya partido con la muerte que él eligió y que hasta el final haya sido soberano en su deseo.

Otro, no menor, es el de haber elegido alguna de las rutas trazadas por él, lo que nos permite seguir de todas formas luchando contra la muerte-olvido.

Medellín, 14 de mayo de 2002